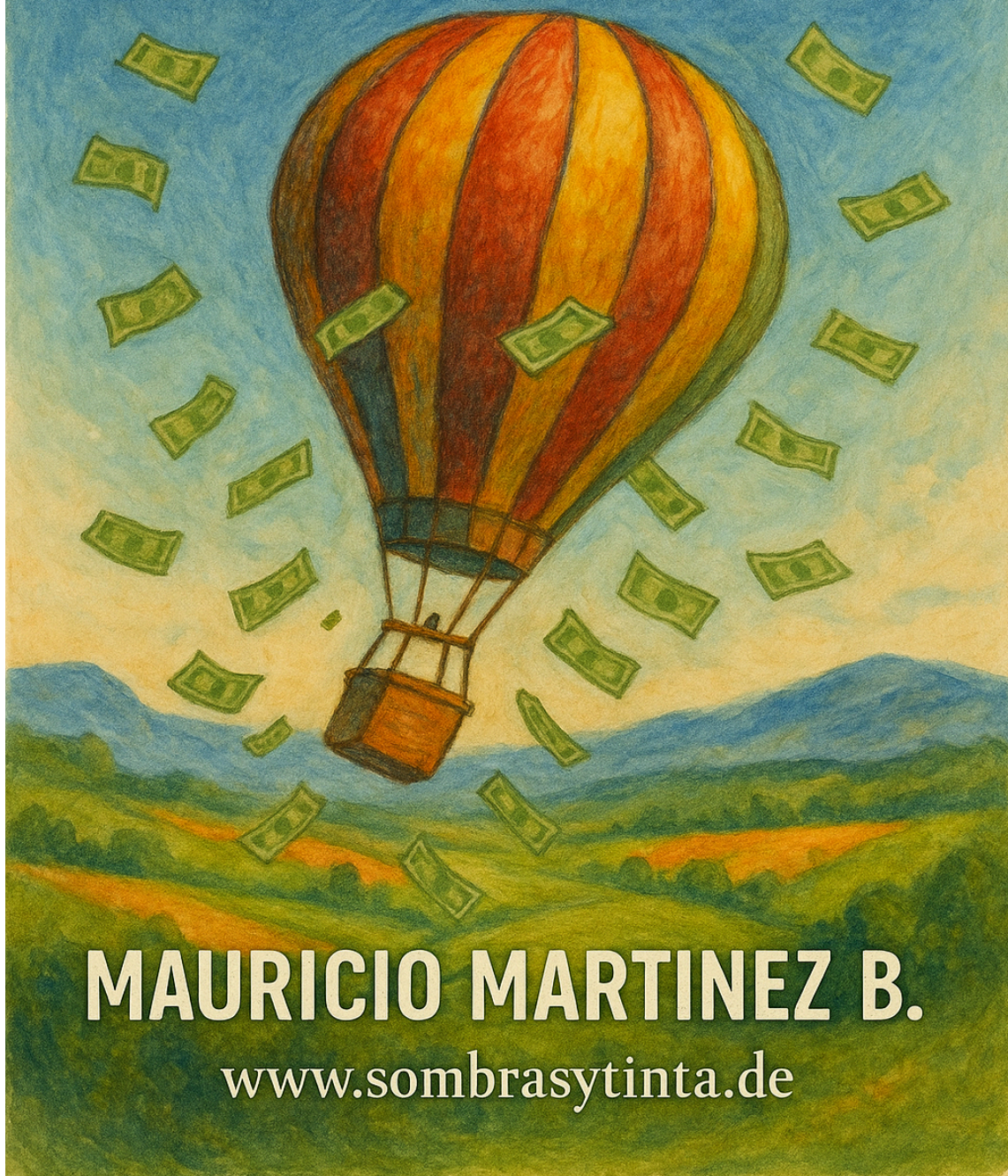


TENSIÓN EN EL VALLE CENTRAL



MAURICIO MARTINEZ B.

www.sombrasytinta.de

Capítulo 1: El sueño cuesta más de lo que parece

La brisa matinal del Valle Central no olía a esperanza. Olía a tierra seca, a café recalentado en fondas medio vacías, a hojas chamusqueadas por la sequía que nadie se había atrevido a llamar por su nombre. Aún así, en medio de ese letargo silencioso que el pueblo había aprendido a vestir como si fuera un abrigo más, un puesto de empanadas tambaleaba con cada brisa.

Allí, debajo de la flamante pero humilde estatua del Gran Espíritu —ahora hecha de madera tallada y piedra rosada del río con forma de un árbol y ya no de un Flamenco—, Felipe, un oso Jucumari, dormía boca arriba como un extraño adorno con patas en su puesto de empanadas. Roncaba con una paz envidiable, sus ronquidos eran constantes y tiernos, la barriga subiéndole como un pan fermentando, su gorra caída sobre sus ojos, como si soñara con llenar la plaza de compradores hambrientos. Pero la realidad era otra. Su cesta de empanadas de hormigas ya estaban endurecidas por el sol y sazonadas por el ingrediente favorito del vendedor “La nostalgia”.

—¿Campeón? —se oyó una voz aguda, juguetona—. ¿Campeón, digo? ¿Está soñando que es empresario internacional o qué cosa?

Felipe se removió. No abrió los ojos. Murmuró algo incomprensible.

—¡Debe hacer muy buenos negocios en sus sueños, che! Porque más está en ellos que en la vida real. Veo que no estás vendiendo mucho, eh.

Felipe abrió los ojos de golpe, parpadeando como si hubiera sido despertado por un puñetazo de luz.

—Aaay... Cebolla. —se quejó, sobándose el costado—. Siii... nadie compra ya, compadre. Ni una. Parece que hasta las hormigas se están yendo del Valle.

Jorge Cebolla, el Zorro Andino, se sentó con elegancia sobre el borde de la fuente seca. Llevaba un pañuelo colgado al cuello y una expresión entre sarcástica y brillante. Su mirada chispeaba con esa picardía que no se borra ni con cien condenas.

—¡Eres un tonto, muchacho! —le soltó con una mezcla de regaño y cariño—. Mira, te voy a ayudar. Vos no sabes, pero yo soy experto en marketing, ¿sí? Tienes que poner un negocio con luces, con color, con comodidad pa' los clientes. ¡No comodidad sólo pa' que vos duermas como un oso en hibernación!

Felipe lo miró con los ojos entrecerrados. Había una mezcla de ternura y sospecha en su expresión.

—¿Y vos qué sabes de negocios, ah? ¿Vos que hace unos meses estabas metido en tremendo lío por la estatua?

Cebolla sonrió, se cruzó de patas y respondió con voz suave, casi filosófica:

—Yo ya cumplí mi parte, Felipe. Hice lo que tenía que hacer. Ayudé, me arrepentí, y pagué. Desde entonces no me robé ni un mosquito... Es más, hasta le devolví una billetera a un tatú que la dejó olvidada en la banca del parque. —Le guiñó un ojo—. Estoy empezando de nuevo, y quiero hacer las cosas bien. Y si te soy sincero, vos me caes bien, compadre. Sos bruto, pero de buen corazón. Como el Valle.

Felipe bajó la mirada. Las palabras del zorro le habían entrado más hondo de lo que esperaba.

—Mmmm... igual... No creo que sirva pa' esto. O sea, tengo ganas, sí, pero... no sé. Oooh, ni que fuera pues como en las películas.

—¿Y por qué no, Felipe?! —saltó Cebolla—. ¡No me vengas con eso! Mira, vos no sabes, pero también soy experto en administración. Vos poné las empanadas, yo pongo el plan, y entre los dos... armamos un lindo restaurante. ¡Uno con alma! ¡De los de verdad! Con menú, con variedad de empanadas no solo de hormigas, unas de yuca con queso, otras de maíz, con cartel luminoso, con sillas sin clavos salidos. Primero tenemos que conseguir algo de dinero, eso sí... pero eso se soluciona. Vamos al banco, pedimos un préstamo y arrancamos. ¿Qué dices?

Felipe se sentó, emocionado.

—¿Con mantelitos?

—¡Y con nombre pegajoso! —contestó Cebolla.

Felipe, con su hocico todavía entumecido por el sueño, miró al zorro con los ojos grandes, como si por un momento viera una ventana abierta entre toda esa sequía y desesperanza.

—¿Vos hablas en serio?

Cebolla le tendió la pata.

—Más serio que un cóndor en traje.

Felipe sonrió, y con un gruñido feliz, le estrechó la mano.

—¡Ya! ¡Le metamos, pues!

Y así, bajo la mirada tranquila del Gran Espíritu, nació una sociedad improbable. Una alianza entre el oso dormilón y el zorro redimido, listos para enfrentar juntos una nueva aventura...



El zorro y el oso caminaron calle abajo entre las casas de adobe rajadas por el sol. El aire olía a tierra seca y jazmines cansados. En cada paso, las patas de Felipe hacían rechinar el empedrado, mientras Cebolla saltaba ágil por los charcos reseco como si no tocara el suelo.

—¿Y vos crees que el banco nos va a prestar así nomás? —preguntó Felipe, con su gorra colgándole sobre una oreja—. Ni apellido tengo en orden... y vos... bueno, vos tienes antecedentes policiales más largo que la lista del mercado.

—Ah, Felipe —respondió Cebolla con una sonrisa torcida—, este pueblo olvida fácil. Además, mi cara cambia según la luz. Vos no sabes cómo se disfraza un zorro arrepentido. Y si no nos prestan por las buenas... —bajó la voz—, les metemos un discurso emotivo. ¿Quién puede decirle que no a un oso que llora?

Felipe lo miró, entre divertido y preocupado.

—¿Yo? ¿Llorar?

—¡Claro! Con tu cara y un par de lágrimas, nos dan hasta el banco entero.

Ambos rieron, esa risa sencilla y chirriante del pueblo, y doblaron por la esquina donde el letrero del bar de Don Tito aún colgaba torcido.

Allí, desde una ventana, una figura los observaba. La Chola Cuchi, con rulos todavía en la cabeza y una bata rosada llena de lentejuelas, chismosa por vocación y madrugadora por instinto.

—¡Ese zorro otra vez anda de picardía! —murmuró—. Y con el osito dormilón... aay, esto seguro termina en lío.

Felipe saludó con la pata, sin verla.

—¿Quién vive por ahí?

—No mires —dijo Cebolla—. Cuanto menos sepamos de lo que dice la Cuchi, mejor para el alma.

—¿Y qué plan tienes para el restaurante? —insistió Felipe mientras cruzaban frente a la iglesia, donde el Padre Topo sacaba brillo a una campana vieja.

—Uno bueno —respondió el zorro con aire conspirativo—. Vamos a ponerle "El Refugio del Sabor", así como los restaurantes de las películas. ¡Y serviremos empanadas gourmet!



—¿Y qué tienen de gourmet las empanadas?

—¡Las servís en plato, Felipe! ¡Eso es todo! Con servilleta y perejil encima. No importa lo que hay adentro, mientras se vea elegante.

—Mmm... me gusta —dijo Felipe, con una sonrisa lenta, como la de quien recién despierta a la esperanza.

Entonces doblaron por la calle principal, esa que cruza la plaza como un suspiro largo, y ahí estaba el banco: blanco, solemne y absurdamente grande para un pueblo tan chico. Sobre la puerta, una banderita colgaba de lado, apenas sostenida por dos hilos flojos.

—¡Ahí está! El Banco Municipal del Valle Central. —anunció Cebolla—. ¿Listo para ser un empresario?

Felipe tragó saliva.

—Listo como un oso frente a una colmena.

Y sin más, subieron los escalones, cruzando la mirada con la señora Vizcacha que barría la vereda y murmuraba cosas incomprensibles, como quien presiente tormenta.

El Banco Municipal del Valle Central parecía un decorado olvidado de otra época. Su fachada tenía grietas cubiertas de enredaderas secas, y las puertas de madera crujían como si protestaran por tener que trabajar. Al entrar, los recibió una corriente de aire acondicionado que olía a impaciencia.

Mientras se dirigían a la cajera del banco, una víbora les cortó el paso. Elegante, con lentes y una mirada afilada.

—¡Janeth la Yarara! —susurró Cebolla.

—¡Uf, ustedes también vienen a estorbar en la fila? Esto va para rato, ya se los digo.

Luego de esperar su turno y la mala educación de esta señora, llegaron a la cajera.

—Bienvenidos —dijo con voz cantarina Dora la Cangreja, la cajera. Su coquetería era tan evidente como su esmalte rojo despintado.

—Venimos por un préstamo —dijo Cebolla con convicción.

—Ah sí, eso es con el gerente. Crucen el salón, pasen por archivo, pregunten por el formulario 5-B... después les sellen en informaciones, y vuelvan aquí para hacer la fila B, que en realidad es la A, pero le cambiamos el nombre por feng shui.

Felipe tragó saliva. —Eso suena a aventura.

—Suenan a trampa, pero vamos —resopló Cebolla.

Ahora se dirigen emocionados donde el gerente, pero más adelante, el Tío Búho avanzaba a paso de tortuga... sin ser tortuga. Tenía atención preferencial. Por vejez, por ser el “cronista nocturno” del pueblo, o simplemente por chismoso.

Cuando por fin llegaron al despacho del gerente en el interior, el aire olía a papel envejecido y a café barato. El reloj de pared ya marcaba las 10:27 y el tic-tac resonaba como un juicio lento y esperaron tanto que sentían que su paciencia cada vez les pesaba más, Pachó el Tucán los recibió con una sonrisa deslumbrante estaba sentado tras su escritorio, impecablemente vestido con un chaleco de rayas doradas, un moño ridículo y las plumas del pecho bien infladas. Manejaba un sellador de goma como si fuera una vara mágica.

—Señores... ¡sean bienvenidos al templo del dinero! Qué les trae por aquí?

—Necesitamos un préstamo, señor gerente —respondió Felipe

Pachó el Tucán, gerente del banco,

—Bueno, bueno, bueno... —dijo con tono melodramático—. Así que ustedes dos quieren un préstamo.

—Así es, señor gerente —respondió Cebolla, con una sonrisa encantadora y la cola tiesa de tanto esfuerzo por parecer decente—. Queremos abrir un restaurante que reviva el alma gastronómica del Valle Central.

Felipe asintió con energía.

—Y vender empanadas... pero con perejil.

Pachó entrecerró los ojos.

—Perejil... interesante.

—Y mantelito de tela —agregó Cebolla—. Con eso ya es fino.

El tucán tamborileó con el pico sobre su escritorio.

—Mmm... según su historial, señor Cebolla, usted...

—Cumplí mi condena —interrumpió el zorro—. Lo dice la ley. Y la ley también dice que uno puede empezar de nuevo.

Felipe se inclinó hacia el tucán, sus ojos grandes como platos.

—Él cambió, de veras. Ahora hasta madruga.

Pachó suspiró, revisó los papeles con exagerada lentitud y giró el cuello como si hiciera una coreografía antes de estampar un sello redondo con firmeza.

—Muy bien, jóvenes. Este formulario está oficialmente aprobado... para ser revisado por la sección de aprobación inicial de formularios pre-aprobados.

Felipe parpadeó.

—¿Y eso qué quiere decir?

Pacho sonrió.

—Que están a un formulario de su sueño.

Cebolla dio un paso adelante y estiró la pata.

—¡Entonces, dímelo! ¡Estamos a punto de cambiar nuestra vida!

El Tucán le entregó el documento sellado con la solemnidad de un notario de la era del Cretácico.

Y justo cuando lo recibían con los ojos brillando de ilusión, detrás de ellos... se escuchó un golpe. La puerta del banco se abrió con fuerza.

¡BOOM!

El banco tembló. Alarmas. Gritos. Papel volando. Dora la Cangreja se desmayó. Janeth la Víbora se escondió bajo el mostrador del susto. ¡Tío el Búho levantó su bastón!

—¡Esto es un asalto! —gritó Chucho, un Hurón entrando con el rostro cubierto.

Pacho el Tucán grito de forma teatral, saltando sobre un sillón como si audicionara para un drama.

Cebolla se llevó la pata al rostro.

Felipe lo miró, pálido.

—¡Yo sabía! ¡Me volviste a engañar!

—Yo no tengo nada que ver con esto... —susurró. —¡Felipe, te juro que esta vez no fui yo!

Así comenzaba una jornada que cambiaría para siempre el ritmo del Valle Central. Con sueños rotos, empanadas frías y una resortera en manos de un hurón desesperado...

Capítulo 2: El Estornudo del Valle

Momentos antes el reloj del Banco del Valle Central marcaba las 10:20. Afuera, el sol apretaba fuerte sobre la plaza empedrada. Dentro del banco, el aire olía a tinta seca, billetes manoseados y las esperanzas marchitas de sus clientes. Todo estaba en aparente orden, hasta que el destino se enredó en las patas de tres encapuchados.

En una esquina polvorienta, Chucho el Hurón desplegaba un plano arrugado y mal trazado sobre una caja de seguridad.

—Es aquí, ¡estoy seguro! —susurró, con una mezcla de entusiasmo e hiperventilación.

—¡Ya díganme cuándo puedo usar la cuerda! —exclamó Romel el Carcancho, tenso como una resortera.

A su lado, Ñato el Tapir, grande, redondo y con cara de niño castigado, se limitó a suspirar. Su tristeza se extendía como una humedad invisible.

—Hoy vamos a cambiar nuestra suerte, Ñato —le dijo Chucho, apretándole la trompa con ternura.

La entrada fue todo menos discreta. La puerta principal del banco se abrió de golpe como un estornudo mal contenido.

—¡Esto es un asalto! —gritó Chucho, con una voz que pretendía autoridad, pero salió con acento nervioso.

Romel tropezó con su cuerda. Ñato entró, tropezó con la misma cuerda y cayó de panza. El arma que cargaba (un palo oxidado de caza) se deslizó hasta quedar frente a Dora la Cangreja, la cajera.

—¡Ay mamita! —gritó ella, y se desmayó teatralmente sobre su mostrador.

Romel se irguió, miró a Chucho y susurró:

—Esto es un desastre. Me voy.

—¿Cómo que te vas?!

—Ya. Esto no era lo que me habías dicho. No conté con tanta gente.



—Pero si ni llegamos al mostrador... —dijo Chucho.

Romel desapareció por la puerta como una pluma llevada por el viento. El grupo quedó cojo. Chucho suspiró y alzó la voz.

—¡Todos quietos, esto sigue!

Don Pacho el Tucán, gerente del banco, sacó el pecho con dignidad.

—¡Esto es inaudito! ¡Yo soy un funcionario público! ¡No pueden irrumpir así! ¡Soy muy respetado en los carnavales!

—Bueno, Pacho, entonces respétese quietito, ¡y deme la caja!

Mientras tanto, Dora revivía lentamente con una respiración agitada.

—Ay no, ay no, no estoy hecha para esto, mi presión, mi azúcar, ¡mi maquillaje!

Yarara Janeth, clienta frecuente, sacó su lengua bifurcada.

—Con esa organización... ¡van a terminar presos y sin ni un centavo! ¡Hagan algo bien al menos una vez en su vida!

Chucho abrió la caja fuerte y miró hacia adentro. El silencio se volvió espeso.

—¿Qué pasa? —preguntó Ñato desde el suelo, acomodándose la trompa.

—Hay solo... 697 dólares vallunos.

—¿Cómo?!

—¡Nos ganaron los sueldos de los funcionarios, seguro!

Janeth resopló.

—Y ni siquiera tienen plan de salida, ¡brutos!, para qué se meten a hacer esto sin saber lo que hacen?

Ñato levantó la mirada con una calma que helaba la sangre.

—Yo tengo un sueño, ¿sabes?

Janeth lo miró, sin ganas de preguntar. Pero lo hizo.

—¿Cuál?

—Tener un sueño...

Y se quedó mirando al horizonte inexistente del mostrador. Algunos rehenes rieron nerviosamente. Otros, como el Tío Búho, lo apuntaron en su libreta de chismes.

Para no dejar rastros, Chucho le quitó la libreta al señor Búho y la arrojó en un pequeño tacho de basura del gerente lleno de papeles y le prendió fuego. El humo comenzó a subir por las ranuras del techo.

Dora chilló otra vez.

Janeth lanzó su abanico por los aires.

En la plaza, Chola Cuchi vio el humo.

—¡El banco se está incendiando, por la madre de los tres chanchitos!

El grito sacudió al pueblo como trompada a campana. Algunos vecinos comenzaron a correr hacia la estación de Policía. Otros, simplemente corrieron por deporte.

A las 10:47, el Capitán Capibara llegó con su lentitud legendaria, el flamante cabo Heriberto, una nueva incorporación en la policía del Valle, un chivo con más entusiasmo que memoria y por detrás el oficial Roca, volviéndose la tortuga más rápida del valle.

—Cabo, ¡evalúe la situación!

—¿Qué situación, jefe?

—...

Mientras la policía se acercaba, vieron que desde adentro alguien cerraba con traba las puertas. El fuego estaba contenido... desde dentro.

Lucianita la Paraba aterrizó con su micrófono.

—¡Estamos en vivo desde el corazón de un nuevo escándalo en el Valle Central! ¡Fuentes confirman que se trata de un incendio—

Y mientras Lucianita la Paraba Frente Roja levantaba su micrófono con una elegancia entrenada, lista para especular en vivo con la cámara girando en plano dramático hacia el humo, un silencio repentino se apoderó de los curiosos. Todos seguían su voz aguda y entonada hasta que, desde el fondo de la multitud, Don Clodomiro el viejo Cóndor murmuró:

—Esto me huele a robo...

Pero no fue él quien lo confirmó. Fue un rugido desde el banco, ahogado por una ventana mal cerrada, y luego un zorro peludo estampado contra los vidrios interiores con cara de pánico.

Entonces, la voz de doña Vizcacha —de esas que todo lo dicen y nada callan— atravesó la plaza como flecha de dardo:

—¡Mamá! ¡Ese es Cebolla! ¡Están asaltando el banco!

El asombro fue absoluto.

Lucianita bajó el micrófono. El Capitán Capibara parpadeó. El Cabo Heriberto se olvidó por qué estaba ahí. El Oficial Roca recién llegaba.

Lucianita se giró, tragó saliva y miró a la cámara.

—...está confirmado, es un asalto al Banco.

El Capitán Capibara se detuvo al escuchar la frase y se llevó una pata a la frente. Su bigote vibró. El Cabo Heriberto, que ya se acordó por qué estaba ahí, miró al cielo buscando qué hacer. El calor del mediodía se mezcló con el sudor de la confusión. Todos contuvieron la respiración.

Dentro del banco, Ñato miraba a su compañero.

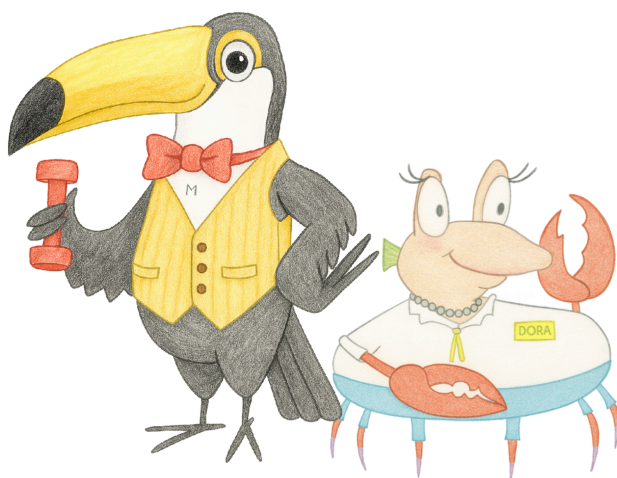
—Chucho... ¿tenés un sueño?

Chucho lo miró con los ojos encendidos.

—Ahora... creo que sí.

Y en lo alto, el viento agitó la bandera del municipio, arrancando una telaraña que colgaba de su mástil. Un detalle casi invisible. Pero en el Valle Central, cuando hasta las telarañas empiezan a huir... es porque el desastre ya cruzó la puerta.

Y esta vez, nadie lo había visto venir.



Capítulo 3: “El Globo y la Lista”

La mañana en el Valle Central se había tornado inusualmente nerviosa, como si el aire mismo contuviera la respiración. El banco, ahora epicentro de la atención, se alzaba como una fortaleza improvisada, con cortinas corridas y puertas atrancadas. Dentro, el ambiente era denso, cargado de tensión y sudor.

Chucho el Hurón, con el rostro perlado de gotas de ansiedad, intentaba mantener el control.

—¡Tranquilos todos! ¡Esto es solo una medida temporal! —exclamó, intentando una sonrisa que se desvanecía en su nerviosismo.

Felipe, acurrucado junto a Cebolla, lo miraba con ojos entrecerrados.

—¿No me digas que esto también es parte de tu "plan maestro"? —susurró con sarcasmo.

Cebolla, encogido de hombros, murmuró:

—Yo solo quería un restaurante con luces...

En medio del silencio, mientras todos buscaban dónde acomodarse sin incomodar a los nervios, Ñato el Tapir se quedó cerca del mostrador, mirando fijamente los bolígrafos encadenados al mármol.

—¿Quieres agua? —le preguntó en voz baja Dora, la cajera, mientras intentaba mantener la compostura.

Ñato la miró sorprendido, como si nadie le hubiese dirigido la palabra en años.

—No... gracias. —Bajó la mirada y murmuró—. Nunca me habían preguntado si quería algo.

Dora, acostumbrada a lidiar con clientes impacientes y jefes gritones, se quedó helada un segundo. Luego, con una suavidad inesperada, dijo:

—Pero vos sos parte de nuestra comunidad y mereces compasión y comprensión también, ¿no?

Ñato no respondió. Solo asintió, y por primera vez desde que entraron, esbozó una tímida sonrisa. Una que parecía no haber practicado en mucho tiempo.

Pacho el Tucán, aún con el plumaje alborotado y el orgullo abollado por la situación, acomodó su corbata mientras observaba a Ñato sentado junto a una planta de interior mal regada.

—Y vos... —dijo, acercándose con cautela y cierta sorna—. ¿Qué pensabas hacer si realmente sacaban plata? ¿Una fiesta en la cueva? ¿Unos trajes nuevos?

Ñato lo miró con esos ojos redondos, sinceros, como si la pregunta no tuviera doble filo.

—No sé bien, señor. —Se rascó la cabeza con torpeza—. Tal vez... comprar un espejo.

Pacho alzó una ceja, desconcertado.

—¿Un espejo?

Ñato asintió.

—Sí... uno grandecito. Pa' no sentirme tan solo, ¿ve?

Pacho se quedó sin palabras. Se le cayó el chiste que tenía en la garganta. Solo se acomodó la corbata otra vez, como si eso pudiera devolverle la compostura.

—Bueno... —murmuró—. Es tu vida.

Y se alejó, más ligero de plumas, como si esa simple respuesta lo hubiera hecho reconsiderar muchas cosas.

Mientras tanto, Chucho perdía la cabeza.

—¡Felipe, suéltalo a ese Zorro ya! —gritó, separando con el cuerpo a los dos, que rodaban entre las sillas de espera, medio empolvados y acusándose de traición.

—¡Siempre es lo mismo con vos! ¡Decís que cambiás y otra vez metido hasta las orejas!
—se quejaba Felipe, mientras Cebolla gritaba con un ojo cerrado:

—¡Yo vine a firmar un préstamo, caramba! ¡No a robar un banco!

Y como si eso no bastara, al fondo el Tío Búho, con una lentitud casi mística, intentaba acomodar su almohadita en una esquina del banco.

—Perdón... ¿podrían correr esos papeles? Esta silla es buena para mi lumbar...

Chucho, con los pelos del cuello erizados, giró sobre sí mismo y gritó:

—¡Alguien que le ponga en modo avión al Búho, por favor!

Afuera, la policía había establecido un perímetro. El Capitán Capibara, con su uniforme arrugado y mirada cansada, sostenía un megáfono.

—¡Chucho! Sabemos que estás ahí. ¿Qué necesitas para liberar a los rehenes?

La respuesta no se hizo esperar.

—¡Queremos comida y un globo aerostático para escapar volando! —gritó Chucho desde una ventana.

El Capitán suspiró.

—No podemos cumplir esa solicitud. Pero si me das la lista de rehenes puedo ver que hacer.

Dentro del banco, Chucho se rascó la cabeza.

—Bueno, y con un avión de papel le envió la lista.

Momentos después, al revisar la lista, frunció el ceño.

El Capitán, tras una breve pausa, habló con el Oficial Roca.

—Oh qué curiosa lista de los rehenes. Miren esta Cebolla en el medio.

—¿Capitán inicio una investigación sobre Chucho? — Consultó Roca.

Pero el Capitán lo detuvo.

—Eres un tonto, muchacho. Él no es la cabeza... pero no quiero que él lo sepa. Ese Zorro debe estar manejando todo. — Termino susurrando.

Mientras tanto, en el bar del pueblo, el aire olía a charque recalentado y cebolla frita. El reloj marcaba las cuatro y algo, aunque nadie lo miraba porque el minuterero se había caído hacía meses. La radio chisporroteaba con la transmisión en vivo desde la plaza, pero todos preferían comentar a su modo.

La Chola Cuchi, sentada en su mesa habitual, se acomodó el sombrero con desdén y lanzó su juicio como quien lanza una piedra en un charco quieto:

—Uno nunca termina de conocer a sus vecinos... ¡ese zorro tenía la cola manchada desde hace rato! Pero pobre, el no recibió educación...

—¡Eso digo yo! —saltó Doña Meche la Vizcacha, alzando su vaso de limonada amarga—. ¡Cebolla es de esos que parecen simpáticos, pero por dentro están podridos de mañas!

Desde la barra, Don Tito el Tatú secaba vasos con lentitud, sin meterse mucho, pero con las orejas bien paradas.

—Tal vez el muchacho solo estaba en el lugar equivocado... otra vez —murmuró, sin mirar a nadie.

—¡Bah! ¡Eso dicen siempre de los ladrones! —bramó uno de los Chanchos Troperos, levantando medio cuerpo sobre la mesa—. ¡Pero si el Cebolla ya tiene historial! ¡Y ahora se mete a asaltar el banco con ese oso grandote!

—Felipe no haría eso —replicó otro cerdo, el más joven del grupo—. Ese solo asalta ollas, y ni eso bien. ¡Es más probable que se haya quedado encerrado sin querer!

Las carcajadas retumbaron en el lugar, pero la discusión no se enfrió.

—¡La culpa es del alcalde! —gritó de nuevo el chanco mayor, golpeando la mesa—. ¡Basilio no ha hecho nada por este pueblo! ¡Hay hambre, hay deudas, y encima ese banco no presta ni medio dólar valluno sin pedir hasta las huellas de tus abuelos!

Don Tito el Tatú asintió desde un rincón, secando un vaso con resignación.

—Ya no hay trabajo, pues. ¿Qué quieren que hagan los muchachos? Se desesperan.

—¡Pero robar no es la solución! —saltó doña Viscacha—. ¡La ley es la ley!

—¡Y la ley duerme la siesta más larga del mundo con Basilio! —refunfuñó otro chanco, ganándose algunas risas.

De pronto, alguien se atrevió a alzar la voz en defensa del alcalde.

—No olviden que Basilio siempre fue un buen tipo. Puede que sea lento, pero tiene buen corazón. ¡Ayudó a muchos ese Perezoso cuando la posada explotó!

La Chola Cuchi resopló.

—¿Buen corazón? ¡No me hagás reír, hombre! El único músculo que mueve ese animalito es la lengua, y eso cuando no se le olvida por qué empezó a hablar. ¡Este pueblo necesita alguien que haga algo, no que lo piense durante tres semanas!

Don Tito refunfuñó, dejando el vaso sobre la barra.

—Bueno, lo cierto es que alguien está en el banco, hay rehenes, y todos especulando desde aquí como si fuéramos adivinos.

—¿Y qué querés que hagamos, Tito? ¿Meternos ahí a rescatar a Cebolla? —soltó uno de los Chanchos riéndose.

—No. Pero tampoco nos olvidemos de algo —respondió el viejo tatú, con voz grave—. Cuando el pueblo empieza a volverse contra sus propios vecinos, es porque ya está perdiendo algo más que la plata... está perdiendo la memoria.

Las palabras quedaron flotando. Como un humo que nadie se animó a espantar.

En la radio, una voz se filtró entre los chasquidos del aparato:

—Última hora: los asaltantes han solicitado comida y un globo aerostático.

—¿¡Un globo qué!? —gritó alguien, rompiendo el silencio.

Y otra vez, el bar estalló en risas, insultos, acusaciones y nuevas teorías, mientras el humo del café se mezclaba con el humo del escándalo.

La puerta del bar se abrió con un chillido cansado. El Capitán Capibara entró con el uniforme empolvado, los ojos semicerrados y los bigotes apuntando en direcciones opuestas, como si ya hubieran peleado su propia batalla.

—Un café, Tito. Sin charla, sin azúcar, y sin que me mires con lástima.

—Sólo tengo con azúcar —dijo el tatú, sirviéndolo igual.

El Capitán se dejó caer en una silla, justo cuando la radio, con voz radiante, soltaba:

—En desarrollo: los asaltantes del banco del Valle Central parecen estar liderados por el conocido exdelincuente Jorge “Cebolla” el Zorro Andino, según fuentes no confirmadas...

El Capi se quedó congelado, la taza a medio camino. El silencio que había invadido el bar segundos antes volvió a instalarse, más pesado que el vapor del café.

—No puede ser... —susurró, llevándose ambas patas a la cabeza—. ¡Otra vez tengo un infiltrado en mis tropas!

Y en su cabeza, las dudas comenzaron a brotar como hongos tras la lluvia.

La prensa, con Lucianita la Paraba al frente, cubría el evento en vivo.

—Estamos aquí, frente al banco, donde se desarrolla una situación sin precedentes...

Entrevistó a los Mellizos Armadillos, quienes, entre risas nerviosas, comentaron:

—¿Qué va a comer el gordo de Felipe ahora?

Don Clodomiro el Cóndor, siempre entrometido, añadió:

—Siempre supe que ese zorro tenía algo raro.

Doña Paca la Puma, con voz suave pero tono agrio, se lamentó:



—Es que el pueblo está sufriendo mucho y este es un grito de ayuda.

En ese momento, un relámpago iluminó brevemente el Valle, como si el mismo cielo quisiera opinar. El Capitán levantó la mirada, cansado pero firme, y murmuró:

—Bueno... habrá que entrarle con todo.

Y con un suspiro largo, como quien se lanza otra vez al abismo del deber, se levantó.

El bar volvió al bullicio.

Afuera, el reloj de la torre dio la hora exacta.

Las campanadas resonaron con un eco seco.

Como si el tiempo, en el Valle Central, acabara de dar su primer ultimátum.

Capítulo 4: Teatro en el Banco

En el interior del banco, la tensión era un tejido denso que se podía cortar con las uñas. Los rehenes, amontonados en un rincón, murmuraban entre sí con creciente inquietud. Janeth, la víbora Yarará, fue la primera en susurrar con veneno en la voz:

—¿Van a quedarse ahí como bolsas de yuca mientras nos apuntan con nada más que una mirada asustada? ¿No ven que esos dos ni siquiera saben lo que están haciendo?

—Tiene razón... —musitó el gerente Pacho el Tucán, con su pecho inflado y el moño torcido—. Es una oportunidad. Somos más, y ellos... bueno, ellos parecen no saber ni contar hasta cinco.

—Podríamos rodearlos por los lados —susurró, dibujando un plan improvisado con la punta de su ala sobre el suelo polvoriento—. Tú, Dora, cuando yo diga, le tirás la cartera al hurón. Cebolla y Felipe... hagan lo suyo, finjan pelearse más fuerte y generen distracción.

—¿Otra vez con lo mismo? —bufó Cebolla—. ¡Si ya dije que no tengo nada que ver con esto!

—¿Ah sí? ¡Eso mismo dijiste cuando lo de la estatua! —reclamó Felipe, más concentrado en herir que en ayudar.

Janeth sonrió con satisfacción.

—Perfecto. Esa tensión suya es justo lo que necesitamos... pero ahora, ¡úsenla!

La cajera Dora, nerviosa, abrazaba su bolso como si fuera su único hijo.

—Yo no quiero tirar nada, ¿y si me caigo? ¿Y si me desmayo? ¿Y si me agarra un calambre?

—¡Dora, es ahora o nunca! —insistió Janeth.

—Está bien, está bien, pero si algo me pasa, le echo la culpa a usted —gimoteó.

Tío Búho, que apenas había captado la mitad del plan, alzó la cabeza con solemnidad.



—En mis tiempos, uno no se levantaba sin un motivo noble... ¿Ya dijeron a qué hora es la revuelta?

—¡Ahora, Búho! ¡Ahora es! —dijo Pacho, desesperado.

Todo ocurrió en apenas segundos.

Dora, temblorosa, se levantó y lanzó el bolso... que no llegó ni al primer metro antes de caer con un “plop” suave. Tío Búho, creyendo que esa era su señal, se levantó... pero tan despacio, tan pausado, que apenas logró quedar de pie cuando el caos ya se había desatado. Felipe aprovechó para empujar a Cebolla de manera “creíble”, pero se pasó de fuerza y ambos cayeron contra una silla, llevándose con ellos a Janeth, que gritó como si le hubieran arrancado una escama.

—¡AY, MI COLA! ¡AY, MI DIGNIDAD!

Chucho giró desde la puerta del baño improvisado, donde estaba colocando un cartel con marcador que decía “No usar si no es urgente”.

—¿Pero qué...?

Ñato, que vigilaba desde el mostrador, se levantó de un salto tan torpe que derribó el ventilador de pie.

—¡Chucho! ¡Se están moviendo mucho!

—¡Claro que se están moviendo! ¡Están intentando fugarse con el estilo de una comparsa descoordinada! —gritó Chucho, corriendo hacia ellos.

En un instante, todo se desbarató: el gerente Pacho quedó con la cabeza atrapada en el respaldo de una silla, Dora empezó a hiperventilar de nuevo, Felipe gritaba que le dolía la pata, Cebolla exigía explicaciones, y Janeth, entre quejas, aseguraba que tenía una idea mejor si tan solo alguien la escuchara.

Tío Búho volvió a sentarse con un suspiro.

—Creo que me adelanté...

Chucho, agitado, levantó ambas manos.

—¡Ya! ¡Se acabó la ópera! ¡Aquí nadie se mueve más sin mi permiso! ¡Ñato, trae agua! ¡Y si alguien más se tropieza, lo encierro en la caja fuerte!

Ñato volvió a tropezar.

Silencio.

Y entonces, como si no hubiera pasado nada, el Tío Búho levantó lentamente una mano.

—Disculpen... ¿ya puedo ir al baño?

Chucho se dejó caer en una silla, exasperado.

—Este pueblo me va a matar antes que la policía...

—Señores, por favor, mantengamos la calma. Nadie quiere que esto termine mal.

Afuera, el ruido generó alarma. Doña Vizcacha exclamó:

—¡Están matando a alguien ahí dentro!

La Chola Cuchi, con voz temblorosa, añadió:

—¡Esto se está saliendo de control!

Los Mellizos Armadillos, siempre propensos al dramatismo, comenzaron a correr en círculos, gritando:

—¡Lo mataron al gordo! ¡Lo mataron al gordo!

El oficial Roca, intentando mantener la calma, tomó el megáfono:

—Por favor, mantengan la calma. Estamos manejando la situación.

El cabo Heriberto, con voz temblorosa, añadió:

—Sí, todo está bajo control... creo.

El Capitán Capibara, al llegar y observar el caos, se acomodó su sombrero algo torcido, tomó el megáfono entre sus patas. Su voz, solemne pero agitada, tronó con autoridad sobre la plaza:

—¡Que salga ese zorro! ¡Si no, las cosas se pondrán feas!

Un silencio corto se apoderó del interior del banco.

Los dos asaltantes —Chucho el hurón, Ñato el tapir, y hasta el ventilador apagado— se quedaron paralizados.

—¿Zorro? —musitó Chucho, mirando hacia los rehenes.

Ñato ladeó la cabeza, confundido.

—¿Tenemos un zorro?

—¡Claro que tenemos! —gritó Dora la cangreja desde su rincón—. ¡Está allá, entre los rehenes!

Todos giraron al unísono hacia Cebolla, que en ese momento intentaba limpiarse un poco de pastel seco de la solapa con un pañuelo prestado.

—¿Yo? ¿¡YO!? —exclamó el zorro, alzando las patas— ¡Yo estoy del lado de los secuestrados!

Felipe, que ya estaba a medio paso de Cebolla por si acaso, aprovechó la confusión.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! ¡Siempre te sales con la tuya, zorrito de uña suelta!

—¡Qué uña suelta ni qué ocho cuartos! —protestó Cebolla— ¡Estoy igual de atrapado que vos!

—¡Mentira! ¡Vos sos el cerebro! —rugió Felipe, inflando el pecho—. ¡Vos hiciste esto para arruinar mi vida... y mi puesto de empanadas!

—¡Tus empanadas sabían a cartón! —escupió Cebolla, y luego se arrepintió— Bueno... algunas.

—¡BASTA! —tronó el gerente Pacho el Tucán, elevando su voz por primera vez desde el inicio del desastre—. ¡Esto es un banco tomado, no un teatro escolar! ¡Si se van a matar, que sea después que nos liberen!

Ñato alzó la trompa como si estuviera tomando lista.

—Entonces... ¿Cebolla no es nuestro jefe?

Chucho ya tenía la cara entre las manos.

—No, Ñato. Él es rehén.

—¿Seguro? Porque parece muy mandón...

Chucho se dejó caer sobre una silla, resignado.

—Lo único que falta es que el Capi pida que nos entreguemos por carta certificada...

Desde el exterior, el megáfono volvió a tronar:

—¡Escuchaste bien, zorro! ¡Mostrá la cara! ¡Y sin trucos, eh!

Dentro del banco, todos se miraron.

Cebolla alzó las patas.

—¡Oigan, alguien que le diga a ese Capibara cabezón que no estoy a cargo!

Dora, la cajera, murmuró:

—Con esa voz de vendedor de humo... hasta yo pensaría que sos el líder.

Felipe refunfuñó por lo bajo, cruzándose de brazos.

—Siempre consiguiendo el protagonismo... hasta de rehén.

El Tío Búho, sin entender nada pero con la sabiduría de los años, suspiró:

—Yo solo quería renovar mi libreta de ahorros...

Chucho se levantó tambaleante.

—Ñato, calmA a todos. Yo salgo a aclarar este desastre antes de que nos bombardeen con empanadas explosivas o lo que sea que tengan afuera...

Y así, mientras Ñato caminaba con su panza como un obstáculo tratando de llegar al centro del grupo, Cebolla gritaba por la ventana que él no era ningún jefe criminal, y Felipe le respondía que eso era exactamente lo que un jefe criminal diría... el caos dentro del banco seguía siendo un espectáculo digno de una telenovela con más confusión que guion.

Chucho el Hurón se acercó a la puerta del banco como si pisara el borde de un acantilado. Tenía las patas sudorosas, el pelaje erizado, y el corazón brincando como sapo con cafeína. Se asomó apenas por la rendija, sus ojos escaneando el mundo exterior... y lo vio.

El pueblo entero.

Una multitud apiñada en la plaza: vecinos, comerciantes, abuelitas, los más pequeños trepados en las bancas, cachorros callejeros husmeando la tensión. Y al fondo, en un set improvisado con una mesita de plástico, Lucianita la Paraba Frente Roja apuntaba su micrófono directo hacia él como si fuera un arma cargada de verdades.

El Capitán Capibara lo observaba desde la retaguardia, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y su bigote tembloroso de sospecha. El Oficial Roca tomaba nota... de una hoja en blanco.

Chucho tragó saliva. Respiró hondo.

Y entonces, algo cambió.

Las cámaras, los micrófonos, los ojos... Todos lo miraban. Por primera vez en su vida, él

—Chucho, el hurón invisible— era el centro de todo.

—Señoras y señores... —comenzó con la voz entrecortada.

Silencio.

Hasta los grillos se callaron.

—Mi nombre es Chucho. Y sí, estoy metido en un lío grande. Grandísimo. Pero no soy un criminal... soy un desesperado. Como muchos de ustedes.

Un murmullo corrió entre la multitud. Los micrófonos se acercaron más.

—¿Saben qué se siente tener que vender tu herramienta para pagar el pan? ¿O ver cómo te quitan lo que es tuyo porque “el sistema no da”? —alzó la voz, temblorosa pero valiente—. ¡Esto no era un plan! ¡Era un grito! ¡Un grito de los que ya no tienen voz!

La Chola Cuchi se tapó la boca con una mano. Hasta Don Jacinto, desde su rincón, asintió solemne.

—¡No vine por odio! Vine por justicia. Y sí, me equivoqué, ¡pero no me voy a callar más! —gritó con fuerza, los ojos vidriosos—. ¡Hoy el Valle nos ve! ¡Hoy el Valle nos escucha!

Y entonces, sacó el bolso de tela que cargaba.

—¡No tengo millones ni armas ni poder! ¡Solo tengo esto!

Y sacó un fajo de billetes.

—¡Pero si esto no sirve para salvar a todos... que al menos sirva para que se rían un rato!

Y sin pensar dos veces, lanzó los billetes al aire.

¡Fluuuuuuushhhhhh!

500 Dólares Vallunos volaron como hojas otoñales bajo una ráfaga. La multitud estalló. Algunos se agacharon, otros gritaron, otros reían, otros lloraban. Una llama empezó a recoger los billetes con los dientes. Un cachorro abrazó un billete como si fuera un juguete.

El Capitán Capibara se agarró la cabeza.

—¡Esto se nos ha ido de las manos!

Lucianita abrió los ojos como platos. Se giró a cámara.

—En exclusiva: ¡el hurón que desafió al sistema con palabras y papel moneda!

Mientras el caos se desataba, Chucho dio media vuelta, las patas temblando, pero su mirada al frente. Con paso firme, volvió a entrar al banco.

La multitud, sorprendida, comenzó a vitorear:

—¡Viva Chucho! ¡La voz del pueblo!

Las puertas se cerraron tras él como cortinas de teatro tras una función inesperadamente brillante.

Adentro lo esperaban las miradas tensas, los rehenes confundidos, Ñato con una escoba que no sabía si usar como arma o instrumento de paz.

Chucho inspiró hondo.

—Bueno... eso fue raro. ¿Alguien tiene agua?

Lucianita, con el plumaje erizado y la mirada clavada en la figura de Chucho desapareciendo tras las puertas del banco, murmuró casi sin darse cuenta:

—Este hurón... no es cualquier ladrón.

Su asistente, atolondrado, apenas atinó a asentir mientras los billetes seguían cayendo como confeti maldito sobre la plaza. Una señora abrazaba uno como si fuera un milagro. Un cachorro le decía a su mamá que hoy tienen cena. Y un armadillo ya preguntaba si podía pagar algo con eso.

Pero Lucianita no los veía.

—Tiene una historia —dijo con más fuerza, mientras sacaba una libreta de su bandolera y apuntaba con furia—. No de esas que se cuentan. De las que se sienten.

Y entonces, se giró hacia su camarógrafo.

—Vamos a la iglesia. Si este hurón vino del polvo, el altar tiene que haberlo visto pasar.

En ese momento, un billete se posó en su ala, como un mensaje del destino. Lo miró. Lo dobló. Y lo guardó.

—Porque aquí no está empezando una nota, muchachos... —dijo con voz grave, cargada de presagio—. Aquí está naciendo una leyenda.

Y mientras las cámaras seguían rodando y el caos se deshacía como papel mojado, el Valle Central supo, aunque sin decirlo, que algo profundo acababa de romperse... y otra cosa, mucho más grande, apenas estaba despertando.

Capítulo 5: “Presión”

La tensión tenía olor: mezcla de tinta de cajero automático, miedo acumulado, y empanadas frías. El aire dentro del banco era denso, como si las paredes hubieran empezado a sudar junto con los rehenes. Afuera, la noche caía sobre el Valle Central con la lentitud de un verdugo que disfruta su oficio. Adentro, los relojes parecían burlarse del tiempo.

Felipe el Oso Jucumari había dejado de pensar en comida. Algo muy raro en él. Sentado junto a Doña Dora la Cangreja, con las pinzas cruzadas y una coquetería tan natural como peligrosa a pesar de la situación, hablaba más de lo que escuchaba, se acercó a él con un vasito de agua.

—Tome, mi oso, que no me gusta verlo tan pensativo —dijo, sonriendo apenas.

Felipe aceptó el vaso, pero no se lo tomó. Estaba con el ceño fruncido, murmurando:

—Aquí hay algo más, doña Dora. Yo conozco los ojos de un ladrón arrepentido... y conozco los de uno tramposo. Y aquí hay más de uno que me hace ruido—¿Y usted quién cree que podría estar detrás de todo esto? Vi en las historietas que siempre hay uno más.

—Ay, m'hijito... yo solo estaba terminando de contar el vuelto, y pum, entraron estos muchachos como si esto fuera la televisión —dijo ella, ajustándose el pañuelo mientras miraba hacia los asaltantes.

Felipe, sin pestañear, soltó:

—¿Y vos los conocías?

—¿Yo? ¡Por favor, este pueblo es pequeño! A ese Ñato sí lo vi una vez, comprando pastillas para dormir... parecía triste. Al Chucho lo he visto, claro... viene al banco con la carita de que va a pedir un préstamo, pero termina yéndose sin decir nada.

Felipe bajó la voz:

—¿Y Janeth?

Dora se tensó.

—Mire, señor Oso —susurró la cajera Dora mientras se acomodaba la peineta con un suspiro—, aquí todos tienen su razón pa' estar al borde. Esa víbora... no es mala, pero debe hasta el aliento. Tiene una deuda con “Los Sapitos del Sur”, ¿los conocés? Prestamistas. Le dieron plata para un tratamiento... y parece que nada salió como esperaba. Pero nunca lo dice, siempre anda con los lentes de sol como si fuera estrella de cine.

Felipe asintió lentamente. Observó a Pacho el Tucán, el gerente. Reía nervioso, haciendo chistes que nadie pedía.

—¿Y ese?

—Ese hace apuestas en peleas de grillos clandestinas, mi amor. Y ha perdido bastante. Un día lo vi llorando frente a un cajero, pero después salió como si nada. Es un artista. Y el Tío Búho... ay, ese pobre... viene cada semana a pedir un préstamo pa' comprarse "un rancho", y no entiende que ya no se le puede dar nada, ni con aval de santo. Lo peor es que se lo explico una y otra vez, pero él solo dice: "¿Y mis plumas no se pueden hipotecar?". Mire nomás, ¿usted cree que con tanta frustración no pueden nacer aliados en cualquier rincón?

Felipe aclaró su garganta. Algo no le cerraba.

Entonces miró al fondo... y Cebolla. Ahí estaba el zorro andino, dándose aire con un folleto de créditos.

Y fue apenas un segundo, una fracción de mirada. Chucho le dijo algo al oído. Y Cebolla no respondió, pero apretó la mandíbula.

Fue suficiente.

Felipe tragó saliva. El mundo giraba más lento dentro del banco, pues todos tenían motivos para ser cómplices de estos asaltantes.

Mientras tanto, Ñato, el tapir, ayudaba al Tío Búho a acomodarse mejor.

—¿Quiere que le acomode otra silla, tío?

—¿Qué?

—¡Que si quiere otra silla!

—¿Una tortilla? ¡Pero si yo no tengo hambre!

Ñato suspiró, rascándose la trompa.

—No, no es tortilla, es... —pero ya no importaba. Se quedó ahí, quieto, acompañándolo, porque había algo de ternura en esa torpeza, algo que entendía.

El silencio compartido entre un viejo que no escuchaba y un joven que nunca fue escuchado.

Mientras tanto, afuera, una caja de cartón llena de empanadas llegaba de parte de la Policía para los rehenes. El Capitán Capibara, sudado pero sonriente, aprobó el movimiento:

—Bueno, a ver si con la comida calma los ánimos y podemos negociar mejor.

En la otra punta de la plaza, las luces de TV Paraba Noticias enfocaban el rostro brillante y valiente de Lucianita.

Los nervios en la plaza fue inmediato. Chucho salió del banco a recibir la comida con paso cauteloso. Tenía la cara sudada, los bigotes un poco caídos, pero la mirada... la mirada le brillaba con esa mezcla peligrosa de nervio y esperanza.

Luciana lo recibió con una sonrisa profesional.

—Estamos en vivo... y tengo frente a mí a uno de los asaltantes. Chucho el Hurón. —dijo con voz templada.

Chucho sonrió. Un poco nervioso, pero sosteniéndose bien.

—Chucho, el valle quiere entender... ¿por qué hiciste esto?

Chucho respiró hondo.

—Quiero decir... no soy un criminal. Esto no era así. Solo quería ayudar.

Lucianita lo miró, empática.

—¿Ayudar a quién?

Chucho vaciló.

—A todos. El banco... nos hunde. Tarjetas, créditos... es como si quisieran que no salgamos nunca.

Yo solo... quería que nos escuchen. Que sepan lo que pasa cuando uno no tiene dónde caerse muerto. Cuando el sistema te ahoga. Cuando te dicen que todo va a mejorar, pero nunca mejora. Hice esto porque creí que no tenía otra salida...

Los espectadores suspiraron y otros gritaron su apoyo. Luciana asentía como directora de orquesta. Luego, como quien deja caer una bomba con voz suave, dijo:

—Pero vos no estás solo —interrumpió Lucianita con tono suave—. Y por eso... quiero invitar a alguien que te conoce mejor que nadie. Hemos traído a alguien muy especial—Se giró a cámara.

Sorpresa de todos los que estaban presenciando este acontecimiento.

De entre las sombras apareció una figura menuda. Vestido sobrio, cartera colgando, lágrimas contenidas.

Era Matilde, una ratona gris de ojos enormes.

—Desde el Hogar Refugio de la Quebrada, llega la señorita Matilde la amiga de la infancia de Chucho.

—¡Matilde! —exclamó Chucho—. No, ¿qué hacés aquí?

—Vos lo sabés —dijo ella, mirando a cámara con dignidad—. Sabés por qué no quería que nadie se enterara.

Lucianita intervino, tensa y saboreando el escándalo:

—¿Podés contarnos, Matilde?

—Yo... fui diagnosticada con alopecia por estrés, y me estoy quedando calva. Me quedé sin trabajo. Me daba vergüenza pedir ayuda, Chucho lo sabía...

Chucho se tapó la cara.

—¡Yo lo hice por vos! Quería conseguir la plata para el tratamiento. Para que volvieras a sentirte fuerte... linda...

Matilde tembló. Dio un paso atrás.

—¡Pero nunca te lo pedí, Chucho! ¡Nunca te pedí que hicieras esto! Ahora todo el Valle sabe lo mío...

La cámara captó su huida. Silencio absoluto.

Chucho dio un paso atrás, herido. Levantó una mano como queriendo decir algo, pero ya no encontraba palabras.

Lucianita, implacable como siempre, pero con ese corazón que le latía fuerte bajo las plumas verdes, bajó el micrófono apenas un poco. Su mirada se posó en Chucho, rota, no por juicio, sino por compasión.

—Chucho... —dijo, con voz suave, templada por la verdad—. A veces, los errores más grandes nacen del amor más profundo. No es excusa... pero sí es humano. Vos no sos un monstruo... sos un hurón con el corazón roto por ver sufrir a alguien que amás.

Ella respiró hondo. Dio un paso hacia él, acercándose lo justo para que él la oyera con claridad.

—Muchos allá afuera no harían ni un gesto por otro. Vos lo hiciste todo mal, sí, pero lo hiciste por alguien más. Eso, aunque te haya costado tanto, te hace distinto.

Chucho bajó la cabeza. La cámara enfocaba su rostro húmedo, la población en casa ya no sabía si llorar o indignarse.

Lucianita se giró levemente hacia la audiencia, sus plumas ondeando con un pequeño viento.

—Y para quienes nos ven... para quienes ya están juzgando desde la comodidad de su sofá, les digo esto: antes de condenar, miren adentro. ¿Nunca amaron tanto como para perder el juicio?

Hizo una pausa. Apretó su libreta contra el pecho.

—Y ahora, para todos ustedes... y para vos, Chucho... tengo una sorpresa más.

Su mirada brilló, y el público contuvo el aliento.

—Una sorpresa que, tal vez, cambie lo que pensamos... o lo que sentimos.

Las luces volvieron a enfocarla. El silencio, otra vez, se volvió protagonista. Pero ya no era de escándalo. Era de espera. De algo que, sin saberlo, todos querían entender.

Y Chucho... solo pudo parpadear, tragando saliva, como si temiera lo que venía... o como si, en el fondo, lo necesitara.

De entre el público emergió una hurona mayor, de vestido floreado y sombrero bien puesto. Caminaba despacio, pero con determinación. Tenía la espalda recta y los ojos filosos de quien ha criado sola y sin excusas.

La mamá de Chucho.

—¿¡Chucho Ignacio del Valle!? —gritó, alzando una mano en el aire—. ¡Cómo has podido hacer esto! ¿Querés matarme de la vergüenza? Te estas arruinando la vida.

Chucho tragó saliva, intentando mantener la calma.

—Mamá... yo...

—¡No me digás nada! ¡Tu padre era herrero, y vos salís ladrón! ¿Eso te enseñé? ¡Ay, Santa Madre de los tres Chanchitos, hacé que esto sea un mal sueño!

El público estalló. Risotadas, gritos, abucheos, cámaras que giraban.

El Capitán Capibara disparó un grito para que ya no siga ésto. El Oficial Roca empezó a calmar a la multitud.

Y Chucho... corrió.

Con la caja de comida en brazos, y lágrimas en los ojos, se metió otra vez al banco.

Se detuvo justo antes de entrar. Miró la caja, luego al cielo.

Y, con voz rota, susurró para sí:

—Perdoname, Matilde. Yo solo quería que fueras feliz... aunque sea sin pelo.

Y empujó la puerta del banco, desapareciendo entre los rostros tensos y las luces que nunca dejaban de grabar.

El Valle Central se detenía por segundos. Pero solo por segundos. El verdadero desenlace... aún no había empezado.

Capítulo 6: Fugas

La plaza del Valle Central temblaba. No por el viento ni por la música que se había apagado hacía horas, sino por algo más profundo. La confusión era el nuevo folclore. Y todos, absolutamente todos, querían cantar su versión.

Las luces de la prensa reflejaban rostros dudosos, empapados de tensión. Los cables de los micrófonos se entrelazaban como raíces nerviosas que buscaban verdad en un suelo seco. En el centro de ese enjambre estaba Lucianita, serena, firme como una estatua viva. Frente a ella: los mellizos armadillos, idénticos en cuerpo, opuestos en alma.



—A ver, Chato —dijo Lucianita, apuntándole con el micrófono—, ¿qué pensás del asalto?

Chato se enderezó, cruzó sus cortas patitas y habló con voz de héroe.

—Fue un acto de desesperación... pero también de valentía. Chucho no es un criminal, es un... un luchador. ¡Sí! Un luchador social. Uno que se cansó de ver a los vecinos hundirse y dijo “¡basta!”

—¿Y vos, Rulo?

Rulo resopló. Hizo un gesto teatral con las patas como si presentara una obra de teatro.

—Esto, señora periodista, es un espectáculo. Pero no un espectáculo bonito. ¡Un circo! Un circo donde todos estamos mirando, comiendo maní, mientras la jaula se prende fuego. Y vos —señaló a su hermano—, ¡sos el payaso que aplaude! ¡Nuestro amigo Felipe está en peligro!

Lucianita sonrió levemente como señal de comprensión, girando apenas hacia la cámara, su voz suave como una daga envainada:

—La misma historia, dos versiones. Dos hermanos, dos mundos. El Valle Central... dividido.

En el Bar de Don Tito, los hielos de los vasos bailaban en ellos como notas de una ópera absurda. La humedad pegajosa del aire olía a cuero viejo, ají quemado, y verdades fermentadas. Cada mesa era una radio encendida.

—¡Ese hurón no es ladrón, es mártir! ¡Mártir del amor, caramba! —exclamó la Chola Cuchi, sacudiendo su pañuelo con furia sagrada.

Don Tito, sin dejar de frotar su vaso con el trapo que ya no limpiaba nada, gruñó:

—¿Y si todo esto fue armado por el banco? ¿Eh? ¿Y si esta tragedia es solo un teatro bien iluminado, con guión y todo?

Desde la mesa del rincón, los Chanchos Troperos levantaron los vasos en alto.



—Acá el único inocente es el queso que nunca llega a fin de mes —dijo uno, mientras otro lloraba con el hocico metido en la cerveza.

—¡Eso, eso! —graznó otro—. ¡Nadie protesta cuando el banco te cobra dos veces el mismo interés!

—¡Y cuando te rechazan el crédito por usar sandalias con medias! —añadió otro chanco, indignado.

Doña Meche la Vizcacha, medio dormida pero con antenas para el caos, asintió con dignidad:

—Yo siempre supe que la prensa a veces es tan “neutral” que convierte el dolor en rating y la verdad en negocio. ¡Qué servicio público!

La escena era tragicómica: un coro de animales confundidos, cada uno defendiendo una versión distinta, como si la verdad tuviera múltiples sabores, y todos vinieran con salsa picante.

En una pequeña casa a las afueras del pueblo, la mamá de Chucho, aún con las sandalias puestas, veía la transmisión en la tele apretando sus patas.

A su lado, Matilde, la ratona de ojos tristes, comía maní con los dientes apretados.

—Ay, Madre de los tres chanchitos... ese hijo mío siempre fue tan bueno... pero tan bruto —murmuró la madre, limpiándose una lágrima.

—Él solo quería ayudar... —dijo Matilde, y le tembló una cáscara entre los dedos.

Ambas seguían mirando. Ambas, con el corazón en el cuello.

Dentro del banco, la atmósfera tenía el sabor de la espera. Felipe mascaba pensamientos más que ideas, su panza sonaba, pero no de hambre.

Entonces, Cebolla se le acercó con cautela. En las patas, una empanada frita envuelta en hoja de plátano distinta a las otras.

—Te traje esta —dijo sin mirar mucho—. Sin locoto. Le pedí a Chucho que hiciera un pedido especial a la policía para vos... por tu alergia. Lo recordé.

Felipe lo miró. Por dentro, algo crujó. No una idea, no una duda. Algo más blando. Una culpa caliente.

—Yo... pensé mal de vos —susurró, como si se confesara.

Cebolla se sentó a su lado, sin orgullo.

—Y yo pensé que ya te habías olvidado de confiar.

Se quedaron en silencio. Felipe mordió la empanada. Suave, exacta. El sabor era redención.

—Vamos a salir de esto, ¿no?

—Claro —respondió el zorro—. Pero primero, hay que pensar como bandidos buenos.

Ambos rieron. Bajito. Pero sincero.

En un rincón más oscuro del banco, el Tío Búho abrió una pequeña ventana del pasillo. Con movimientos lentos, muy lentos, empezó a arrastrarse queriendo sacar la cabeza.

Uno de los asaltantes lo atrapó justo con la cabeza afuera.

—¿Y este qué hace?

—Intentaba escapar —dijo el Tucán, desde el fondo, incómodo.

—¿Qué? —chilló Janeth—. ¿Vos lo ayudaste?

—¡No, no! Él me dijo que tenía un plan, que vos ibas a ayudarme a distraerlos.

—¡Te usó como carnada! —gritó Cebolla, entre risas.

El Tío Búho se quedó congelado, a medio cuerpo entre la pequeña ventana y el fracaso.

—Yo... bueno, me dio tortícolis. No logré pasar.

La risa fue general. Hasta los asaltantes se doblaron.

—Ay, don Búho... —suspiró Dora la Cangreja, y lo ayudó a salir como a un niño atascado en un florero—. Vos no estás pa' fugas... Vos estás pa' cuentos.

El viejo búho sonrió, con sus plumas desordenadas y el alma intacta.

Y así, entre las luces que nunca dejaban de grabar, las cámaras que giraban sin descanso, las bocas que hablaban sin certeza y los corazones que latían confundidos, el pueblo seguía su curso.

Un eco de voces, de versiones, de verdades a medias.

El banco resistía.

La plaza opinaba.

Y la historia... apenas comenzaba a tomar forma.

La luz en el despacho del alcalde temblaba con un zumbido intermitente. Afuera, el murmullo del pueblo era una colmena inquieta. Adentro, el tiempo parecía colgarse del reloj sin moverse.

Basilio el Perezoso, alcalde en funciones y en lentitud, estaba recostado sobre su diván de cuero sintético, con una manta ligera cubriéndose las patas traseras. Sus ojos, semi abiertos, miraban hacia la nada. A su lado, su inseparable asistente, el Licenciado Flores, un colibrí color celeste pálido, revoloteaba nervioso entre papeles y tazas de café frío.

—Señor Alcalde... deberíamos... quizás... tomar una medida, ¿no le parece? —dijo Flores, temblando con cada palabra—. La situación... ha escalado.

El Perezoso parpadeó con la lentitud de un eclipse.

—¿Escalado... a dónde?

Antes de que Flores pudiera responder, se abrió la puerta. El Capitán Capibara entró con paso seguro, mojado por el trájín, y con la camisa algo torcida. Saludó sin ceremonia.

—¿Me llamaban?

—Informe, por favor... —dijo el Pérezoso con tono casi meditativo—. Y en resumen, si puede ser...

El Capibara se rascó la barriga y habló con naturalidad:

—El banco sigue tomado. Rehenes estables.

Chucho y el Tapir siguen adentro. Pero algo huele raro... no sé qué es aún, pero lo tengo en la nariz.

—¿Moscas? —susurró Basilio.

—¿Conspiración? —aventuró Flores.

El capitán no respondió. Porque ya había alguien más entrando.

Timoteo, el oso hormiguero, se deslizó al interior del salón como una ráfaga de eucalipto. Alto, elegante, cuello levantado, gabardina negra, movimientos silenciosos. Su lengua larga no era solo para insectos: también era para olfatear la mentira.

—Caballeros... —dijo con voz pausada y autoridad implícita—. Me llamaron. Y ahora es mi caso.

El capitán Capibara frunció el ceño.

—¿Quién lo autorizó?

—La situación lo hizo —respondió Timoteo, sin inmutarse—. Traje el protocolo federal de crisis con rehenes. Y traje algo más: un As bajo la manga.



—¿Refuerzo?

—¿Tenés nuevo recluta?

El capitán asintió con media sonrisa.

—Sí. El joven Heriberto. Un chivo con energía... y memoria... limitada.

—¿Qué tan nuevo?

—Es su primera semana.— contestó el Capibara.



Timoteo sonrió apenas. Luego giró sobre sus talones y alzó una mano.

—Perfecto. Que lo arresten.

Dos policías entraron y, ante la mirada atónita del Capitán, se llevaron al confundido Heriberto, que apenas entendía por qué le ponían esposas.

—¿Eh? ¿Hice algo mal? ¿Otra vez?

El capitán se irguió.

—¿Qué rayos estás haciendo, Timoteo?

—Este es ahora mi caso, y espero no tener obstáculos internos.

El Capibara parpadeó. Se cruzó de brazos. Una revelación, lenta pero firme, se le acomodó en la cabeza.

—¡No puede ser, tuve otro infiltrado de nuevo!

Timoteo asintió.

—Y gracias a eso, ya no tengo dudas. Ahora quiero que nadie se comunique con Heriberto. Aislado. Silencio total. Este caso es mío.

El oso hormiguero caminó hacia la puerta con pasos secos.

—Me voy al banco.

9:00 p.m.

El cielo estaba denso. Una nube colgaba como un mal augurio. Las gotas comenzaban a perfilarse en los bordes del tejado. Las luces del banco parpadeaban con ansiedad contenida.

Timoteo se paró frente a la entrada, flanqueado por el Capitán Capibara y el Oficial Roca, y pidió hablar.

Chucho salió. Ojos enrojecidos, ropa sucia, pasos firmes.

—¿Usted quién es?

—Tu salvación o tu final —respondió Timoteo, sin cambiar el tono.

Silencio. El viento arrastró un cartel roto de préstamo personal.

—Tenemos una opción, Chucho. Un globo. El Valle Aerostático. Los esperará en el aeropuerto. No hay otra empresa porque “no hay presupuesto” —dijo, imitando la voz del alcalde.

Chucho tragó saliva.

—¿Y los rehenes?

—Iluminados, vivos y enteros. Todos.

—¿Y el transporte?

—Un autobús. Sale a las diez y media. Vos, Ñato y los rehenes. Lo conducirán al globo. Luego... libertad. Los rehenes no suben al globo.

Chucho asintió. Solo una vez.

10:30 p.m.

Un relámpago cortó el cielo como un látigo blanco. El sonido se arrastró como un grito en la distancia.

El autobús apareció entre la bruma. En el asiento del conductor: Heriberto, sonriente, vestido con uniforme de conductor de Bus... que parecía haberse puesto al revés.

—¡Hola a todos! ¡Pasajeros especiales! ¡Adelante, adelante!

Nadie lo reconoció. Ni rehenes ni asaltantes. Una bendición... o una maldición.

Heriberto saludó con la mano a cada rehén. A Dora la Cangreja le dijo que tenía “pinzas muy lindas”. A Don Pacho el Tucán, le pidió que no le escupiera en el parabrisas. Nadie se lo tomó mal. Todos estaban atónitos.

Chucho y Ñato subieron últimos. La lluvia ya caía con cierta insistencia.

Cuando Heriberto cerró la puerta, se sentó, tomó el volante... y frunció el ceño.

—¿Cuál era la misión?

Se rascó la cabeza.

—El agente Timoteo me dijo que... que... ¿yo tenía que hacer qué?

Miró por el espejo retrovisor.

Detrás, el destino respiraba.

El bus avanzó, tragado por la niebla.

Y por primera vez en horas, el banco quedó completamente vacío.

Capítulo 7: Altura

El motor del autobús resoplaba como un animal viejo, avanzando entre la neblina con la torpeza de quien no sabe muy bien a dónde va. Las luces delanteras eran dos cuchillas amarillentas cortando la noche. Dentro, el ambiente no era denso: era puro filo.

Heriberto, al volante, tarareaba en voz baja. Luego fruncía el ceño.

—¿Era por la derecha? ¿O había que pasar primero el Puente del Burrito? Mmm... No, no... creo que era con rotonda... ¿o no?

Se rascó la frente con una mano, mientras la otra se tambaleaba sobre el volante.

Chucho, de pie junto al primer asiento, lo miraba con ojos de puñal.

—¿No sabés adónde vamos?! ¡Es el aeropuerto, caramba!

—¡Sí, sí, claro! ¡Aeropuerto! Solo... que no sé cuál de los dos caminos lleva al aeródromo y cuál al matadero. Me confundo con esas luces... ¿ves? ¿esas luces allá no son pistas?

—¡Son una cancha de fútbol, Heriberto!

El Tucán Pacho, aún con el ala atada por precaución, se acercó desde los asientos del medio, interrumpiendo con voz cargada de condescendencia:

—A ver, chiquillo. Dos kilómetros derecho hasta el cruce de Las Tres Lomas, después tomás a la izquierda por el desvío de tierra. El globo está anclado al hangar viejo, donde antes vendían pastelitos.

Heriberto sonrió como si le hubieran contado un chiste.

—¡Gracias, señor pájaro elegante!

Y giró con decisión... en dirección contraria.

Atrás, en el bus, la tensión no hablaba: susurraba.

Cebolla, en la penumbra, se acomodaba el pañuelo del cuello, sudando frío. Miró a Felipe, que masticaba aire.

—Si vamos a hacerlo, tiene que ser antes que lleguen al globo —murmuró Cebolla—. Nos escabullimos cuando se detengan. Yo distraigo al chofer, vos bajás por la puerta trasera.

Felipe asintió. Pero no podía dejar de mirar a Ñato, que estaba pálido como papel mojado.

—¿Estás bien?

El tapir lo negó con la cabeza.

—Yo... no puedo volar. No me subo a esa cosa inflada con fuego. ¡Las aves vuelan, los tapires no! ¡Esto es contra la naturaleza!

Sus patas temblaban, se agarraba del asiento como si ya estuviera en el aire.

Janeth, más adelante, murmuraba por lo bajo. Su voz era como una grieta constante. Rascaba sus colmillos con su lengua bifurcada sin parar, luego miraba por la ventana, luego al frente, luego otra vez al celular. Sus pupilas eran dardos, lanzados hacia todos sin razón.

—Esto no va a salir bien. Nos van a lastimar en cuanto toquemos tierra. El globo puede fallar, el piloto puede equivocarse, o nos pueden disparar por error. ¡Y ni siquiera saben quién está de rehén y quién no! Miren, no me miren así... ¡yo conozco estas jugadas! ¡Se equivocan, y después nadie se hace cargo!

Cada palabra suya era una gota más en la olla hirviente del miedo.

Tío Búho, en la penúltima fila, sudaba bajo su poncho gris. Había dejado de intentar parecer sabio. Ahora simplemente parecía... viejo.

Se mordía el ala izquierda con nerviosismo. Tenía los ojos clavados en la ventanilla.

—Esto es muy lejos... muy tarde, yo tengo que volver a casa—susurró.

Una pinza suave tocó su hombro.

—No, don Búho —dijo Dora la Cangreja, sentándose a su lado—. Todavía no es tarde para estar bien. Mire... nadie sabe cómo va a terminar esto, pero seguimos respirando, ¿no? Eso ya es mucho.

El Búho la miró como quien se agarra de una rama fina en plena tormenta.

—¿Y si nos matan?

—Entonces que sea juntos. Pero aún no es ese final. Yo... tengo una corazonada.

Chucho volvió a la parte trasera del bus, caminando como un león en jaula. Miró a cada uno.

Matilde no estaba. Su mamá tampoco. Solo estaban ellos. Y la noche, que parecía mirar desde afuera.

Relámpago.

El interior del bus se iluminó un instante como una foto quemada. Todos se sobresaltaron. Incluso Heriberto.

—¡Ah! Me acordé que había algo importante... —murmuró, con voz vaga y para sí mismo—. El agente Timoteo me dio una misión, creo...

Se miró las patas. Luego al espejo.

—¿Era... entregar un mensaje? ¿O tal vez... disparar?

Se hizo un silencio nuevo. Un silencio vivo.
No por miedo. Por duda.

Chucho se giró hacia Ñato. Lo vio temblando, abrazando una mochila como un salvavidas.

Y entonces... comprendió que, quizá, nadie había ganado nada todavía.
Y que todo estaba a punto de definirse.

Y el autobús siguió avanzando entre la lluvia, hacia el globo, hacia la noche... hacia algo que no se veía, pero que todos, cada uno, sentía con la piel.

11:00 p.m.

El aeropuerto viejo del Valle parecía un animal dormido bajo la llovizna que empezaba a caer. El aire era denso, cargado de humedad y olor a gasolina estancada. Cada respiro sabía a metal frío. El pasto bajo las patas se sentía como una esponja empapada: mojado, pegajoso, incómodo. Las luces titilaban, como si dudaran de sí mismas. Como si también temieran lo que estaba por pasar.

El autobús chirrió al detenerse, soltando un último bufido como un suspiro final. Dentro, el ambiente no era silencio, era contención.

Chucho se volvió hacia Ñato, que temblaba, más por el cielo que por el suelo.

—Respirá, hermano. Vas a estar bien. Yo salgo primero, vos me cubrís desde atrás, ¿sí?

Ñato asintió con lentitud, sus ojos tristes brillando con terror. Se aferraba a la mochila como si pudiera flotar en ella.

Heriberto, al frente, ya se despedía con una sonrisa completamente fuera de lugar.

—¡Gracias por viajar con nosotros! ¡Recuerden sus bolsos, y sus pensamientos felices!

Dora la Cangreja bajó del autobús con paso calmo, llevando de la pinza a Tío Búho, que apenas podía mantenerse en pie. El anciano miraba el globo estacionado a unos metros como si fuera la entrada al purgatorio.

—Me van a inflar, Dora... yo sé que me van a inflar... —murmuraba.

Ella apretó su pinza un poco más fuerte.

—No, don Búho. Nos van a devolver al suelo. Con todo y alma.

Cebolla y Felipe, en el otro extremo, se preparaban para escabullirse.

—Cuando todos estén afuera, bajamos por el costado. No pueden vernos —dijo Cebolla, midiendo el movimiento con los ojos, con los hombros bajos como un zorro en acecho.

Felipe asintió, relamiéndose sin hambre.

Todos comenzaban a bajar, el aire se espesaba con gritos contenidos, jadeos, y pasos rápidos. El barro le entraba entre los dedos. Cada paso sería un delirio.

Y de pronto, Heriberto se detuvo en seco.

Un relámpago cortó el cielo como una línea blanca en una pintura negra.

Heriberto abrió los ojos.

—¡LA MISIÓN! —gritó—. ¡El último que baje... ese es el asaltante que tengo que detener!

Se giró. Miró hacia la puerta del bus. Y justo ahí, bajando último: Ñato.

—¡Vos sos el último! ¡Sos el objetivo!

Y saltó sobre él con un grito más torpe que heroico.

Ñato chilló, cayó de espaldas con Heriberto abrazado a su cuello. El tapir comenzó a girar con su peso, los dos envueltos en un torbellino de patas, trompas y confusión. El pobre chivo casi se asfixia con la barriga de Ñato.

—¡Me está aplastando la misión! ¡Ayuda!

Felipe, sin pensarlo, saltó hacia ellos. Un empujón preciso, un giro con su gran cuerpo de jucumari, y logró separar a ambos. Ñato quedó jadeando en el suelo, Heriberto, aturdido pero vivo. Felipe, cubierto de barro, solo dijo:

—Ya está. Paren todos.

Pero Chucho, que ya pisaba el barro rumbo al globo, lo vio todo desde lejos y se quebró. El rostro se le transformó.

—¡Me están traicionando! ¡Esto era un acuerdo!

Sacó el arma, una resortera. No apuntó aún. Pero la furia estaba ahí, colgando de su voz, latiendo en sus venas.

—¡NO SE MUEVAN!

Janeth, que aún bajaba, se tropezó con el escalón. Cayó. Chucho giró hacia ella. Ella levantó la cabeza justo para encontrarse con el cañón.

—¡No! ¡No, no, no! —gritó, y fue un grito seco, sin aire.

Cebolla, detrás de todos, saltó como si fuera fuego. Se tiró sobre Chucho y lo desvió justo antes del disparo que salió involuntariamente. La bala se perdió en el cielo. Ambos cayeron al suelo.

Detrás del globo, el Agente Timoteo, el Capitán Capibara y la oficial Roca emergieron como sombras que se habían estado esperando su momento.

—¡AHORA! —gritó Timoteo, y desenfundó su arma.

Chucho, cubierto de barro y sudor, se levantó apenas. Miró a los tres, rodeándolo. Miró el globo. Miró el cielo.

—No... no era así... yo solo quería...

Apuntaron.

Un segundo de relámpago iluminó todo.

Timoteo disparó su resorte.

Pero el Capitán Capibara se interpuso.

La bala rozó el ala del sombrero del capitán, que se lo quitó, miró al agente, y con voz de trueno:

—¡BAJÁ ESA ARMA, TIMOTEO! ¡Esto no es ejecución! ¡Esto es justicia!

Timoteo, tenso como una cuerda, bajó lentamente el arma. Su lengua se enrolló dentro.

Chucho cayó de rodillas. Ya no quedaba rabia. Solo hueso, error y llanto.

La lluvia comenzó. Fina al principio, luego más firme, como si el cielo también quisiera lavar todo.

En medio del caos, Roca ya había saltado al globo. Nadie se dio cuenta hasta que la cuerda se soltó. El globo se elevó.

—¡ROCA! —gritó alguien.

El solo levantó una pata, despidiéndose. Sorprendido. Silencioso. Desapareciendo en la niebla.

Los rehenes quedaron libres.

Janeth, temblando, fue abrazada por Cebolla.

Felipe ayudó a Ñato a levantarse.

Heriberto, en el suelo, murmuraba:

—¿La cumplí...? —dijo... y nadie respondió. Solo la lluvia.

La prensa llegó. Como siempre. Con las cámaras grabando.

Y lo único que lograron capturar...

fue el momento en que Chucho era subido al patrullero

Mientras el cielo lloraba por todos.

El Valle... ya no era el mismo.

Epílogo

Había vuelto el sol al Valle Central, pero ya no era el mismo sol de antes. Era uno más suave, más lento, como si supiera que debía dar luz con cuidado, no con arrogancia. Las hojas mojadas de los sauces aún tenían gotas suspendidas como recuerdos tibios. Y en medio de ese aire recién lavado, entre ladridos lejanos y risas de cachorros que no entendían del todo lo que había pasado, la vida seguía.

El restaurante de Felipe y Cebolla, “El Refugio del Sabor”, era de adobe pintado con dibujos de frutas, animales y frases pintorescas escritas a pincel torcido. Las sillas crujían como si contaran secretos viejos, y el aroma a empanadas recién horneadas se mezclaba con el perfume de hierbas colgando del techo. En la cocina, Felipe el Jucumari, con delantal floreado y cara brillante de sudor, daba órdenes mientras probaba una salsa.

—¡Esa cebolla va en cubos, no en poemas! —gritó a la cocina, y luego se rió solo, feliz, enorme, vivo.

Cebolla el Zorro, más delgado que nunca pero con los ojos tranquilos, servía jugos de tumbo en vasos fríos. Iba mesa por mesa, saludando con la cola en alto, como si cada cliente fuera un viejo amigo que volvía del destierro.

En la esquina, junto a una ventana abierta que dejaba entrar luz y viento, Don Clodomiro el Cóndor sacaba una aceituna con el pico de un palillo. Tenía alas cansadas, pero los ojos aún sabían reír.

—Nunca pensé que un oso cocinero me salvaría del aburrimiento... —dijo, mirando su plato con aprobación.

Felipe asomó la cabeza desde la cocina.

—Y yo nunca pensé que un cóndor se chuparía los dedos.

Se rieron los tres.

En una mesa cercana, Janeth la Yarará, con el cabello recogido y sin maquillaje, le acercaba una cuchara a Tío Búho, que sorbía con torpeza una sopa de quinoa.

—Despacito, don Búho... mire que si se atraganta, no hay ducto de escape aquí —bromeó.

Él la miró con ternura desordenada.

—Y vos... vos ya no hablás como antes. Me gusta eso.

Ella bajó la mirada. Algo en su expresión se quebró, pero no se derramó.

Dora la Cangreja entraba envuelta en aroma a oficina, recogiendo una caja de empanadas para el nuevo personal del banco.

—Una docena de hormigas rojas y otra de queso, Felipe. Y mandale saludos a todos de mi parte, ¿sí?

—Claro que sí —dijo el oso, entregándole la caja con manos gigantes—. Y que no se coman los intereses.

Rieron otra vez. El humor volvía, de a poco.

En la televisión del restaurante, el rostro brillante de Lucianita la Paraba se expandía en la pantalla.

—Hoy, desde el Teatro del Valle, un evento benéfico para nuestra querida Matilde, la ratona valiente... Y recuerden: la compasión es la única moneda que siempre vale.

La imagen mostró a Matilde, llorosa, rodeada de peluches y flores. El público aplaudía, aunque ella no levantaba la vista. Sus patitas apretaban un pañuelo como si de eso dependiera que no se le saliera el alma por los ojos.

Del gerente Tucán, se sabía que estaba de vacaciones en un pueblo termal. Había mandado una postal. “Estoy escribiendo mi libro”, decía. Nadie sabía si se burlaba de todos o solo de sí mismo.

En el Centro de Rehabilitación “Los Arroyos de Piedra”, la prisión más antigua del Valle, el aire olía a cemento mojado y eucalipto. En la sala de visitas, Chucho recibía a su madre.

Ella le había traído un frasco de mazamorra, dos empanadas un poquito quemadas, y su colección de historietas.

—Mi chiquito... —dijo, acariciándole las orejas sin preocuparse por las miradas ajenas—. Aunque el mundo diga lo que quiera, yo sé quién sos.

Chucho sonrió, por fin, un poco.

—Y yo también... empiezo a saberlo.

Más allá del cristal, en el patio de tierra, Ñato estaba sentado en una ronda de pintura con otros internos: una cabra escultora, un lagarto hipnotista, y un perezoso ex boxeador.

Ñato dibujaba un globo. Lo hacía lento, con trazos torpes, pero constantes.

—¿Y eso qué es? —le preguntó la cabra.

—Un recuerdo. Uno que no quiero soltar —respondió él, sin levantar la vista, pero con una sonrisa. Por primera vez, estaba rodeado de voces que no querían juzgarlo. Solo escucharlo.

El juez Dr. Taruca, en un fallo sin adornos, había condenado a Chucho y Ñato por el asalto. Pero también pidió a viva voz que se reconociera públicamente que "las motivaciones del corazón no eximen, pero tampoco deben ser olvidadas".

Heriberto, el chivo olvidadizo, fue ascendido. Llevaba ahora un uniforme con galones brillantes y una libreta para anotar todo. Nadie confiaba en su memoria, pero todos confiaban en su corazón.

Heriberto y el Capitán Capibara fueron reconocidos públicamente por su valentía por el Alcalde Basilio. El perezoso, con su voz arrastrada y ojos entrecerrados, les entregó medallas mientras su asistente, el Licenciado Flores, agitaba torpemente una pequeña banderita con entusiasmo contenido.

Rulo, el armadillo crítico, se enlistó en la policía. En su primer día, preguntó si los uniformes venían en "estilo urbano". El capitán Capibara le aplaudió por insolente.

De Roca, nada se sabía.

Solo que un cachorro, al amanecer, juró haber visto un globo cruzar sobre los volcanes, con una silueta en el borde saludando al horizonte.

El agente Timoteo ordenó su búsqueda inmediata.

"Para traerlo de vuelta", dijo.

Pero nadie preguntó... si era para rescatarlo.
O para capturarlo.

Y así, cuando el día se fue cayendo a pedazos de oro por los techos del Valle, una empanada se quemó un poco en el horno del restaurante. Felipe la sacó rápido.

Cebolla la olió.

—¿Y esta? ¿La tiramos?

Felipe la miró un segundo.

—No. Esa... esa la guardamos.

Cebolla frunció el ceño.

—¿Para quién?

Felipe no respondió.

Pero la envolvió con cuidado.

La colocó en una cajita de cartón, la cerró lentamente...
Y la dejó en la repisa de atrás.

Esperando.

Una brisa cruzó el Valle, removió una cortina, apagó una vela.
Y en ese segundo, todo pareció respirar.

FIN.